

**© Rebeca Murga y Lorenzo Lunar
Marzo 2015**

**Esta es una publicación del H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl
y Para Leer en Libertad AC.**

**brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com
@BRIGADACULTURAL**

**Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Jorge B. Fernández.
Diagramación: Daniela Campero.
Ilustración cortesía Huidobro.**

Misterios de seis a doce

(Cuentos latinoamericanos
de misterio para niños y jóvenes)

**Selección y prólogo:
Rebeca Murga y Lorenzo Lunar**

Para develar el gran misterio

Esa etapa de la niñez que vivimos entre los seis y los doce años es la de la gran aventura. La edad en que se descubre el gran misterio de la vida. Un misterio que se compone de decenas, cientos de misterios más.

El primer enigma que se nos presenta es el de la lectura, y al mismo tiempo el de la escritura: descifrar esos signos llamados letras y convertirlos en sonidos, y los sonidos en palabras, las palabras en frases, las frases en ideas y las ideas en historias... O el camino inverso: transcribir esas historias que escuchamos a los mayores y convertirlas en huellas sobre el papel.

Es después de develar este primer misterio que estamos listos para descifrar los demás. El primer viaje, en un libro. El primer descubrimiento, en un libro. La primera guerra, el primer invento, el primer amor...

Y como siempre habrá nuevos enigmas que resolver, otros misterios que develar, es que ponemos en tus manos este libro.

¿Quién es esa niña que huele a pescado y aparece en la playa para acompañar a un niño solitario? ¿Qué dulce y misteriosa relación existe entre Loric y aquel oso? ¿Cómo puede una princesa calva encontrar el amor? ¿Está el diablo bajo las tablas del suelo de la habitación donde una niña sufre penitencia? ¿Cómo podrá el príncipe Pepe encontrar a la hermosa joven de la zapatilla de cristal que lo sedujera con su olor a tomillo y a cocina? ¿Cómo resolverá la joven detective indígena Taiene Itatí el difícil caso del reloj de la catedral? ¿Quién asesinó al hurkle de Fred? ¿Quién, y con qué objetivo, es el autor de los robos en el Antiguo Hotel Imperio?

Enigma tras enigma, cuento tras cuento, irás descubriendo la vida en otras muchas: pasadas, presentes, futuras, de aquí, de allá... del más allá. En estos relatos que han salido de la imaginación y la pluma de nueve autores latinoamericanos que una vez, después de descubrir el misterio de las palabras, apostaron por la aventura de escribir historias.

Quizás el primer enigma de este libro sea ¿quién es Elvis Infante? Muchas veces los escritores ocultan su verdadero nombre, seguros de que lo principal no es quién escribe sino los sentimientos que su obra pueda transmitir. ¿Vive Elvis Infante en México o en La Patagonia? ¿En la rivera del mar o en la montaña? ¿Qué otros relatos ha escrito?

Elvis Infante es, simplemente, el autor de «Niña Mar», un relato que no podrás olvidar como el simple nombre de un autor.

Niña Mar

Aún recuerdo cuando la vi por primera vez. Mi nariz fue quien la descubrió por su singular olor a pescado.

Papá y mamá habían decidido ir a vivir al mar. A mí no me gustaba. Yo me sentía solo pues ellos jugaban conmigo únicamente cuando no estaban cansados.

Yo tenía el mar para mí. Podía divertirme haciendo castillos de arena. Jugaba a que estaban encantados y eran habitados por fantasmas.

Una de esas tardes mi nariz la olió. Era un raro aroma de algas, peces y corales.

Era una niña de plácida sonrisa y larga cabellera.

Se llamaba Niña Mar y era capaz de construir los más hermosos castillos de arena.

Aun sabiéndola diferente no me importó. Ella se convirtió en mi mejor amiga.

Era, como todas las niñas, muy coqueta. Le gustaba arreglarse con elegancia marinera.

Era graciosa y parlanchina y me contaba de cómo era su vida en el fondo del mar: le gustaba jugar con todos los peces, grandes y pequeños, pero siempre regañaba a los tiburones que eran montoneros y groseros. Le gustaba platicarme de sus amigos los calamares y las sardinas, y de una langosta despistada que algún día acabaría en una sopa.

La casa de Niña Mar era un barco hundido. Una extraña residencia que ella me aseguraba era acogedora.

Vivía con exóticos vecinos: mojarras, delfines, atunes y un pulpo pinto.

Yo pasaba las tardes enteras con mi nueva amiga, hasta que caía el sol y nos despedíamos para regresar a nuestras casas.

Un día al llegar a la playa me encontré con un anciano que, melancólico, contemplaba nuestro castillo de arena.

Sentí lástima por él y me acerqué a consolarlo.

—Mi hermana hacía castillos así de bellos como éste —me dijo. Era una niña y el mar se la llevó.

Entonces supe quién era mi amiga Niña Mar.

—Espere un rato —le dije— ella vendrá a jugar con nosotros. Y usted no estará más triste.

Desde entonces somos tres amigos. Diferentes, no lo niego. Uno es viejo y la otra huele a pescado, pero ya no estaremos solos, jamás.

Francesca Gargallo nació en Italia, pero siendo una jovencita vino a vivir a México. Es escritora, filósofa, profesora universitaria, y también una tenaz luchadora por los derechos de los maltratados por la sociedad: los pobres, las mujeres, los niños...

Por eso en sus cuentos se aprecia esa mezcla de reflexión y dulzura que podrás apreciar en este que ahora te mostramos: «Ay de mi panal».

Ay de mi panal

Para Montse, la dulce.

«Ay, ay, ay», gemía un oso de anteojos negros. Tenía la cabeza grande, las manos peludas y muchas ganas de comerse un panal de miel. Gemía y daba manotazos a su alrededor.

Se había acostado en las rocas calientes de sol a orillas del bosque y dormía soñando con lo dulce de la miel, su sabor a flores y lo *pegoteoso* que le quedarían sus largas garras curvas cuando tuviera un panal a su alcance.

Empezó a gemir porque era muy temeroso y ya había experimentado el ardor de los piquetes de las abejas.

«Ay, ay, ay», gemía en sus sueños Loric, y daba manotazos a su alrededor.

Llegaron corriendo su mamá, su tía y su prima. Loric se había acostado pensando en la tarea que le había encomendado la maestra:

«Describan el regalo más dulce que nos puede ofrecer el bosque».

Y había soñado con bromelias y con hormigas, con frutos, hojas, bayas, pichones, hongos y raíces.

Se había cansado de probarlo todo y no saber qué contestarle. Así que había seguido soñando: corría rápidamente por senderos que subían y bajaban por las colinas. Después de soportar las lluvias se había adentrado en un páramo seco y, luego, internado en bosques donde la corteza de los árboles estaba marcada por grandes rasguños. Se erguía de repente sobre sus grandes pies planos y miraba a lo lejos qué era lo más dulce del bosque.

La prima al verlo gemir dijo que Loric estaba triste, la tía que Loric estaba preocupado, la mamá que Loric tenía una pesadilla.

Loric despertó, se acomodó los lentes y se apoyó contra la pared.

— ¿Cuál es el regalo más dulce que nos puede dar el bosque? — preguntó entonces.

Su mamá, que era una señora alta y fuerte y tenía una gran mata esponjada de pelo negro en la cabeza, sacudió la cabeza.

—Tendrás que ir a averiguarlo —dijo.

—Pero, tía, es...

—Tendrás que acompañarlo, Marta —agregó.

—Pero, tía, es...

—Vayan —ordenó la mamá de Loric.

Loric se recostó contra las rocas calentadas por el sol a orillas del bosque. Suspiró al levantar la vista. Los pinos eran muy altos, las encinas frondosas y los magueyes extendían sus pencas hacia todos los rumbos.

—Me falta algo —le dijo entonces a su prima.

La niña se encogió de hombros.

—A mí también —suspiró.

Marta le dio la espalda a Loric y miró hacia el pueblo. La cañada era verde, la milpa empezaba a dorarse, a orillas del camino muchas espinas envolvían los muros de piedras. Entonces escuchó un gruñido.

Loric se estaba rascando la espalda contra la corteza de un pino. Doblaba las rodillas y se enderezaba, mientras de la boca le salían extraños bufidos de placer.

—Ya sé —exclamó Loric— es que no hay flores; eso es lo que me hace falta.

Marta levantó una pierna, la dejó caer pesadamente al suelo y levantó la otra. ¡Vaya descubrimiento!, desde principios de la primavera no había sentido su perfume ni visto sus colores.

Loric dio unos pasos alrededor del pino donde

se había recargado unos minutos antes y empezó a correr por un lado y por otro.

— Me gustaría olfatear unas flores — cantó.

Pasaron por un arroyo y Loric se metió en él para jugar con el agua. De pronto le pegó tan duro a un pez que navegaba por ahí que éste cayó a los pies de Marta.

— ¡Tenemos la cena!

Una mariposa pasó ante los ojos de Loric y él empezó a perseguirla corriendo y cantando. Marta quería que él cargara el pescado, pero su primo se le adelantaba y no podía sino correr tras él.

Cuando llegaron a la cima del cerro, el bosque se abrió. El sol estaba en lo alto, hacía calor, pero no habían visto ni una sola flor. La mariposa era la única mancha de color en medio de tanto verde.

— Tengo hambre — dijo Loric.

— Tú siempre tienes hambre — le contestó su prima y se puso a hurgar en los bolsillos de sus pantalones si tenía un dulce para compartir.

Al instante Loric se arrodilló, acercó la nariz a la tierra y movió unos helechos. Pronto había escarbado bajo las hojas secas y encontrado un gran hongo. Lo limpió con los dedos antes de ofrecérselo a Marta. Los niños le dieron un mordisco. Estaba rico. Lo terminaron en un dos por tres.

— Tengo sueño — dijo Loric.

— Mira, por ahí hay una cueva — le contestó Marta.

«Ay, ay, ay», gemía. El musgo y las hojas secas de las encinas formaban un colchón muy delgado en la entrada de su cueva, pero no era por la dureza del colchón que el oso se lamentaba.

Soñaba que un niño estaba buscando flores y que en su bosque ya no había.

Una niña al lado del niño le preguntaba:

—¿Son las flores lo más dulce del bosque?

Y el niño sacudía la cabeza.

—No, pero es algo que tiene que ver con las flores.

—¿Son los piñones lo más dulce del bosque?

—No, pero está en algo que tiene la forma de una piña.

—¿Por qué no encuentras lo más dulce que pueda regalarte el bosque? —seguía preguntando la niña.

«Ay, ay, ay», gimió el oso dándose vueltas en el sueño. Le tenía miedo a los piquetes de las abejas, pero de pronto soñó que le tenía más miedo a no haberse encontrado con una sola abeja en todo el día.

Loric despertó con cierto malestar y sacudió a su prima.

—No hay flores —dijo— por ello no hay abejas.

—Y sin abejas no hay miel —le contestó Marta.

—Sí, lo más dulce del bosque.

Los dos niños estaban por echarse a llorar cuando la mamá de Loric y la mamá de Marta los alcanzaron. Caminaban a grandes trancos y resoplaban fuerte, como si al respirar gruñeran un poco.

—Aquí están, niños —dijeron al unísono.

Abrazaron a sus hijos y se pusieron a bailar.

—Mamá, el regalo más dulce del bosque es la miel —dijo Loric.

—Por supuesto —le contestó la madre.

—Pero ya no hay abejas —lloriqueó Marta.

—Hay que ir por ellas —le respondió su madre.

—¿Y cómo se hace?

—Sembrando flores.

—Pero se tardan en crecer.

—Podemos dormir mientras crecen.

—Durará meses —sacudieron la cabeza los niños.

En eso vieron cómo sus madres se acurrucaban en la cueva. Antes de cerrar los ojos, les dijeron:

—Los osos estamos acostumbrados a invernar.

Por el camino, en los árboles y los helechos, las dos osas iban esparciendo polen y semillas.

Evelio Rosero es un importante escritor colombiano. Reportero y novelista, ha reservado en su obra, que es muy extensa, un espacio para los niños y los adolescentes.

Sin dudas su relato para niños más conocido es «Teresita cantaba», la historia de una vaca que mugía como si cantara y hacía felices a todos a su alrededor. Sin embargo, «La princesa calva», este cuento que escribió en Bogotá en el año 1995 y que nos ha regalado para este libro, es también una historia inolvidable y sorprendente.

La princesa calva

La princesa lloraba prisionera en lo más alto de la torre. Multitud de cadenas la rodeaban. Su padre el Rey se había enfadado terriblemente con ella porque permitió que el gran pájaro azul escapara de su jaula. Por eso la condenó al calabozo, hasta que el ave apareciera, y la princesa temía morir de vieja, encerrada.

Las otras muchachas del reino se preocupaban mucho por ella. Le enviaban cartas y flores, y sin embargo la princesa no leía las cartas y tampoco disfrutaba de las flores. Quería sencillamente salir de ahí. Detestaba los ratones, las arañas, el frío, la soledad.

Sus amigas pidieron a la Reina que hablara con el Rey, a ver si éste se apiadaba. La Reina habló con el Rey, pero el Rey no se apiadó. «Era el más importante de los pájaros de la corte —dijo— y la muy tonta lo dejó escapar.»

Entonces la Reina, mujer pacífica y virtuosa, propuso celebrar un torneo a muerte entre los caballeros más valientes del reino, y que el vencedor fuera declarado esposo de la princesa. Eso sí, antes de gozar de las primicias de la boda, el campeón tendría que salir en busca del gran pájaro azul y capturarlo.

El Rey, al que divertían los torneos, aceptó.

Se presentaron tres pretendientes. La princesa, que debía otorgar su mano al caballero vencedor, aguardaba nerviosa el resultado de la contienda. Suspiraba copiosamente —libre por fin del odiado calabozo— y sus amigas abanicaban su rostro, para que no desmayara por falta de aire. El campo de honor bullía de incertidumbre. De todas las comarcas del reino habían llegado los súbditos, con sus mejores galas, a presenciar la batalla de los tres caballeros. Se comía gallina hervida, mazorca asada y aguacates. Se bebía cerveza negra y limonada.

Y al fin sonó la trompeta.

En la arena brillante, los tres caballeros (el uno de rojo, el otro de azul y el otro de negro), armados de espadas y escudos, borrachos hasta los dientes,

se enfrentaron furiosos. Debían darse muerte, cuanto antes. El sobreviviente lograría la mano de la princesa; sería un futuro Rey, dormiría en almohadas de pluma; sólo tendría que ocuparse en bostezar los seis primeros meses del año, y los otros seis en hacer la guerra a un país vecino, para distraer el hambre de los súbditos, para distraerse él y, de paso, pasar a la historia. Los tres caballeros, como buenos aspirantes a reyes, eran duros y ambiciosos. Igual de feroces, daban los mismos gritos espeluznantes al embestirse. Proferían toda suerte de palabrotas, y olían a vino, a cuero y sudor. Lo cierto es que la princesa no gustaba de ninguno. Los veía lanzar verdes escupitajos. Mostraban demasiadas cicatrices en los labios, y pésima dentadura. Se le antojaron burdos y fatuos y sucios, peores que las ratas del calabozo.

La lucha fue encarnizada. El caballero de negro venció, aunque en la refriega perdió un brazo, un ojo y, además, la pierna izquierda. ¿Se moría? No. Se arrastró como pudo ante la princesa, inclinó la sudorosa cabeza con gran elegancia, y pidió permiso para besar su mano y lanzarse después a todo galope en busca del gran pájaro azul. A la princesa no le quedó más remedio que extender su mano, delicada y rosada, que el caballero besó con un frenesí algo subido de tono.

«Moriré viuda», pensó la princesa, abatida, contemplando la decrepita fachada del triunfante

caballero, su acezante ojo, su alma herida, casi un despojo humano que no podía tenerse en pie. Y así lo vio desaparecer, maltrecho, encima de su caballo negro, contra un horizonte repleto de cuervos.

Y el implacable Rey, su padre, volvió a ordenar que la encerraran, por si las moscas, para que no escapara, mientras regresaba el caballero.

La princesa esperó un año, y luego dos, y tres. Su cabellera dorada creció, pero no lo suficiente para fabricarse una escalera y escapar. Además, sus amigas la habían olvidado: todas se casaron, tenían hijos y suegras, se ponían de mal humor cuando debían hacer el almuerzo y planchar como locomotoras y coser a mil kilómetros por hora y despertar sin dormir; decían ellas que hubieran aceptado encantadas un encierro de por vida en cualquier torre de cualquier castillo, lejos del mundo y sin nada que hacer, sin gatos y sin marido, a pasarse los siglos lavando ropa y barriendo. En cierto modo, experimentaban una ligera envidia de la princesa encerrada.

Pero la princesa seguía triste. Ya no contaba los días ni las horas. Cualquier segundo era un siglo, cualquier siglo un milenio. Y todo así hasta que llegó un mensajero, muy viejo, harapiento, y dijo que se veía en la enojosa obligación de notificar que había visto al caballero de negro en su caballo negro, a todo galope detrás de un gran pájaro azul que corría a toda prisa por un inmenso campo de trigo.

—¿Y lo capturó? —preguntó el Rey, en la mitad de un silencio sepulcral.

—Pues no —dijo el mensajero. Y describió la angustiosa cacería. Contó que el caballero de negro se había arrojado de su caballo, intentando con una pirueta de circo atrapar al insolente pájaro, y que el pájaro, tan pronto se vio cercado, ni corto ni perezoso se echó delicadamente a volar; y, por cierto, el caballero de negro no sabía volar, y su caballo tampoco, de modo que el caballero sufrió un horrible ataque de melancolía y se puso a maldecir y a tirarse de las barbas y los pelos, y después, iracundo, optó por patear con su única pierna al caballo negro, en la plenitud de las ancas, hasta que el noble caballo relinchó de hastío y rebeldía y huyó disgustadísimo a galope tendido, en busca de un noble caballero con mejor humor.

Por lo visto no eran buenas las noticias que traía el mensajero. El Rey adoptó un talante agrio, la Reina también, y los súbditos siguieron el ejemplo. Entonces todo el reino, de común acuerdo, exigió que se escarmentara al mensajero, por dar tan malas nuevas. Querían decapitarlo, sin derecho a almorzar. De modo que el viejo mensajero echó a correr, y todavía sigue corriendo, y nadie ha podido alcanzarlo.

La princesa, por supuesto, seguía triste. Encerrada y ojerosa, pálida, esmirriada, se negaba

Misterios de seis a doce

a comer. Los cocineros reales se esforzaban penosamente en preparar los más deliciosos manjares, sin ningún resultado. La princesa apretaba los dientes, daba pataditas en el suelo y gritaba:

—No quiero comer, no y no, no.

Los cocineros se encogían de hombros. Eran ellos finalmente los únicos que disfrutaban de las cazuelas de mariscos y los pavos rellenos y los postres de nata: mientras ellos engordaban la princesa enflaquecía, más y más. Parecía un alambre. Su belleza se extinguía. En sus ojos no alumbraba la esperanza; su frente oscurecía, sus dedos se afilaban, sus pies no recordaban ningún paso de danza, su boca no cantaba, sólo gemía, sólo lloraba, la princesa entera era un suspiro, triste y lánguido.

El Rey no se apiadó. Quería que el gran pájaro azul regresara, cuanto antes; era el mejor de los pájaros del reino, era una especie de alegría azul, con alas, que cantaba, y su hija lo había dejado escapar; de modo que debía pagar por ello, mientras regresaba el caballero.

Y el caballero no regresaba. Largas mañanas duraba la princesa escrutando el horizonte, en busca de una señal, cualquier polvareda que avisara de un jinete y su caballo y un gran pájaro. No se veía nada, aparte del bosque, el lago, el foso, y el cielo inmenso. Nada. Los ojos de la princesa, enrojecidos por el esfuerzo, perdieron la última esperanza: ni

siquiera en sueños volvió a creer en la llegada del caballero. «Estoy más sola que esta ventana», pensó, asomada por última vez a la ventana de la torre. Y desde entonces ya no volvió a asomarse. Se tendió en el lecho, los ojos abiertos, temblando de fiebre. «Qué triste —pensó— ser hija de un Rey».

El Rey, para no sufrir remordimientos, se reunía de vez en cuando con los sabios de la corte y preguntaba:

—¿Hago o no hago bien en encerrar a mi hija la princesa? A mí me parece que sí, ¿y a ustedes?

— A nosotros también —replicaban los sabios.

— Estoy terriblemente enfadado por la pérdida del gran pájaro —decía el Rey—. Y yo reparto la justicia por igual, aunque se trate de mi hija. ¿Hago o no hago bien?

—Haces bien, oh Rey. No te duelas.

Y es que era famosa la cólera del Rey cuando no se compartían sus decisiones: mandaba apalear a sus súbditos, sabios o peluqueros o soldados, elevaba los impuestos, impedía la celebración de los matrimonios, cualquier fiesta de cumpleaños lo fastidiaba, nadie podía sonreír en su presencia. Su esposa, la Reina, le temía. Hablaba de él a escondidas, y aseguraba que no había trabajo más penoso en el mundo que ser la esposa de un Rey. La tristeza de su hija la entristecía, es cierto, pero ¿qué podía hacer ella? Debía acudir a toda suerte de argucias para

poder ayudarla. Le envió, por ejemplo, un lindo patito rosado, con el fin de intentar distraerla, y sin embargo la princesa lo devolvió, sin comentario, y, además, lo devolvió desplumado. Le envió un mico, un gatito, un ajedrez y un costosísimo libro de novelas, sin ningún éxito: el mico regresó asustado, pues la princesa estuvo a punto de arrojarlo por la ventana; el gatito regresó herido en la cola, pues la princesa lo pellizcó sin misericordia; el ajedrez fue devuelto con todas sus piezas mordidas, en especial las del Rey y la Reina; y en cuanto al libro de novelas regresó deshojado. La princesa prisionera no quería leer novelas; sus ojos ardían de cansancio. Sufría.

—Hagamos un esfuerzo, por lo menos, para distraerla —dijo la Reina, en presencia del Rey y los sabios.

El Rey se rascó la cabeza, por debajo de la corona, sumido en profundas meditaciones.

—Está bien —dijo. Ya pensaremos en algo.

Y toda la corte lanzó un grito de alegría, y luego se oyó un gran aplauso, porque era bueno comprobar de vez en cuando que también el corazón del Rey se compadecía.

Fue así como el enanito de la corte, uno de los más prestigiosos poetas y bufones del reino, tuvo por oficio visitar a la princesa, para darle ánimos.

Prudente, amable, servicial, y acaso inteligente, este enanito era autor de muchos versos

de amor; había escrito además todo un tratado sobre los mejores remedios para combatir la soledad, y un estudio titulado: «Contra la tristeza». Era también un maestro en el arte de la música: sabía tocar la flauta y el laúd, sabía cantar como un ruiseñor y bailaba mejor que su sombra. Se llamaba Nicanor. Era, en definitiva, un perfecto artista al servicio de la princesa. El más indicado para ayudarla a soportar los años de espera, para restaurar en sus ojos los fuegos de la esperanza, para iluminar la noche en que se hallaba sumida y encender otra vez su corazón.

Nicanor ponderó a la princesa la necesidad del buen comer y el buen dormir, para no perder la cabeza, para no extraviar la belleza, para que su esforzado caballero, al llegar, la encontrara más irresistible que una copa de vino y más apetecible que una gansa anisada y más tierna que una paloma al vino. La distrajo contándole bellos cuentos de ogros feos, declamó toda clase de versos en su oreja, cantó para ella la melodía más pura, la del amor y, en fin, le explicó cómo era de lindo el mundo, sin ella, allá afuera, cálido y florido, igual que música de flautas.

Antesemejantesconsuelos, la princesa no pudo hacer otra cosa que enamorarse descabelladamente del enanito. Y, sin embargo, el enanito se negó en redondo a acceder a sus ardientes pretensiones,

porque estaba locamente enamorado de su enanita, y pensaba casarse con ella en noviembre próximo.

La princesa, entonces, empezó a perder sus cabellos; empeoró: siguió mucho más triste, enamorada sin esperanzas, despechada, y no sólo siguió triste, sino que se arrugó como un acordeón, y padeció de mal de rabia. Pareció olvidarse para siempre del caballero de negro. Su único consuelo era charlar con Nicanor. Lo esperaba detrás de la puerta, temblando de impaciencia, celosa del mundo entero que se llevaba cada tarde al enanito, lejos de ella, que lo idolatraba. Nicanor, con toda su sabiduría, no sabía qué hacer ante los tremendos arrebatos de la princesa. Una mañana, por ejemplo, la princesa intentó besarlo por la fuerza. Le mordió una oreja. Lo pellizcó en la nariz. Lo correteaba por todo el calabozo, asediándolo peligrosamente contra la ventana. Le gritaba poemas de amor y le cantaba hasta la desesperación. De manera que el enanito, aterrado, pidió clemencia ante la corte; imploró al Rey que se le eximiera de visitar a la princesa, o de lo contrario habría un poeta menos en el reino. El Rey aceptó. Y el enanito se olvidó de la princesa. Ni siquiera tuvo la gentileza de enviarle una participación escrita de su boda, o por lo menos un trozo de ponqué.

La princesa se quedó calva.

Daba gritos. Renegaba de su suerte en la vida. Pensaba que, al igual que el enanito, su caballero

de negro también la había olvidado, o a lo mejor se había enamorado de otra princesa encerrada y a estas horas debía encontrarse con ella, ambos muertos de risa en cualquier playa de Singapur, huyendo felices de país en país.

Imposible seguir viviendo en semejante encierro. El calabozo era intolerable: quedaba lejos, demasiado lejos del mundo; ni siquiera el canto de los pájaros llegaba; las horas parecían de piedra, grises, rígidas, como ella misma. Su juventud se consumía a pasos gigantescos: sus huesos traqueteaban, toda ella era un montón de arrugas y amargura. La princesa caminó de nuevo a la ventana, fatigosamente, igual que si atravesara un inmenso desierto. Sentía sed, y no había agua. Por todas partes un silencio espantoso la rodeaba. La ventana le avisó que llegaba otro invierno. Nubes oscuras se agolpaban sobre la tierra. Y ahí, asomada a la ventana, contradiciendo su propósito de no volver a asomarse jamás, la princesa calva pensó que lo mejor era arrojar-se de la torre, para sentir por lo menos unos instantes de vuelo, de libertad. Pensó en sus padres, el Rey y la Reina, pero encogió los hombros: con semejantes padres no se podía contar. Pensó en el enanito y lo maldijo, por su cobardía: ni siquiera había intentado ayudarla a escapar. Por último se acordó del caballero de negro, y se entristeció. «Pobre caballero —pensó—

a lo mejor sigue buscando al gran pájaro por toda la tierra, sin lograr atraparlo. Debe serle muy difícil perseguir al pájaro, sin caballo, sin un brazo, sin una pierna, y tuerto, además. Adiós, caballero de negro, adiós. Sólo de ti me despido, pues al fin y al cabo eres mi prometido y luchaste bravamente para conseguirme. Adiós.» La princesa quiso arrojarle entonces por la ventana, pero una fatiga enorme se apoderó de sus piernas. No sentía fuerzas. Su cuerpo no obedecía. «Esperaré a mañana», se dijo, y se quedó profundamente dormida, contra la ventana, como si por última vez se asomara —dormida— a contemplar la ausencia de todos sus sueños.

Y al día siguiente, como es natural, llegó el caballero de negro. Llegó, por supuesto, sin su caballo negro, llegó cojo y tuerto, pero también en compañía del gran pájaro azul, sin jaula ni cadenas, completamente libre, radiante y gentil, parlanchín, descansando en uno de sus hombros. La princesa los vio venir a lo lejos, en el preciso instante en que tomaba impulso para arrojarle por la ventana.

—Son ellos —dijo con un suspiro, y se desmayó delicadamente sobre su lecho.

Dijo en la corte el caballero de negro que venía a reclamar lo suyo: la princesa, el reino entero, los bostezos, las almohadas y las guerras. Y como sus propósitos no eran buen negocio para el Rey, éste decidió que ya había pasado mucho tiempo,

y que no se acordaba absolutamente de nada. La Reina opinó igual. Y los súbditos, naturalmente, siguieron el ejemplo. Todos en el reino, incluso las pulgas de los perros, se habían olvidado de pronto de la historia del caballero de negro y la princesa calva. Para colmo, el gran pájaro azul solo ocasionó grandes risotadas: les parecía únicamente un avechucho desplumado, testarudo y sin ningún color, que además no cantaba, que sólo maldecía en público. Gritaba, por ejemplo: «Traidores, ladrones, mentecatos, desleales», y era tanto su alboroto que el Rey, exasperado, ordenó que se encerrara de inmediato al insensato pájaro en el mismo calabozo de la princesa, y que, por supuesto, lo encerraran con todo y caballero.

El caballero no se opuso, y el pajarraco tampoco.

La princesa los recibió fríamente, al principio; después se dejó besar la mano hasta doscientas cuarenta y tres veces. Ya no le importaba que su caballero fuera cojo o tuerto o redondo o cuadrado, ni que la gran ave azul resultara un pobre pájaro sin ningún crédito. Sólo les preguntó, como protesta, que si no se daban cuenta de que se habían demorado más de la cuenta. El caballero y el pájaro aceptaron el regaño con una venia. Pero se defendieron alegando que habían demorado un buen tiempo en buscarse para encontrarse. Hicieron después una discreta

Misterios de seis a doce
fiesta, y esa misma noche de luna la princesa calva y
el caballero de negro fueron vistos volando a lomos
del gran pájaro, lejos de todos los reinos.

Graciela A. Cervantes Silva es una amiga mexicana que hace poco tiempo se ha mudado a Cuba, porque se enamoró y vive con un hombre inteligente y gallardo que también es escritor.

El cuento que para este libro nos ha dado Graciela, es uno de los tantos que ha escrito en los últimos años y con los que prepara un volumen que esperamos sea publicado bien pronto.

La niña y el diablo

Estoy en el rincón de castigos del aula, con la cara hacia la pared, veo un hueco entre las tablas del piso. Tengo mucho miedo de que por ahí mismo aparezca ese diablo que dice la maestra. Me han dicho que es un ser horrible con cuernos y cola larga. Pero que yo sepa, nadie lo ha visto. Para olvidar mis miedos cierro los ojos y trato de recordar los momentos felices que tuve antes de llegar a la escuela.

Mi papá siempre decía que yo parecía un sol y mi mamá que yo era su cielo. Lo de sol no sé si es por mi cabello rubio y lo de cielo, tal vez, por mis ojos azules. Cuando salía a pasear con mis padres me sentía feliz, mi mamá siempre me ponía unos vestidos esponjados y de una tela tan ligera que yo sentía que iba entre las nubes. Les gustaba mucho

llevarme a un jardín donde había muchas flores, yo no sabía para qué lado voltear, pues todas estaban muy bonitas y había de muchos colores, rojas, rosas, amarillas, blancas, anaranjadas; unas de colores suaves y otras de fuertes y todas con un olor muy persistente. Yo siempre le pedía a mi papá que me comprara un algodón de dulce, él decía que ésa era una golosina de bobos: «pues apenas te lo llevas a la boca y se deshace inmediatamente», pero a mí me gustaba el dulce y la sensación de que se desapareciera en mi boca.

Todos los domingos muy temprano mamá llegaba a mi cuarto.

—Buenos días, Gloria, es hora de levantarse, hay que desayunar temprano para después ir a misa.

—Buenos días, mamá —le contestaba con un gran bostezo y estirando lo brazos.

Después de asearme y vestirme, corría al comedor.

—Buenos días, ¿cómo amaneció mi sol?

—Buenos días, papá, amanecí muy bien, gracias.

Íbamos a una iglesia bellísima, tenía tres altares, cubiertos completamente de oro, prendían todas las luces y eso hacía que brillaran como el sol, yo sentía que estaba en un lugar mágico. También había unos cuadros muy hermosos con imágenes de santos y de ángeles, estaba llena de flores y en la

parte de arriba había un señor que tocaba el órgano y unas monjitas que cantaban el Ave María con unas voces tan dulces que parecía que estaban cantando los ángeles dibujados en el techo. Yo nunca quería sentarme adelante, pues el olor a cera de las velas encendidas y el incienso me mareaban.

Mi vida transcurría feliz, no tenía ninguna obligación, disfrutaba de todo lo que me rodeaba. Me encantaba estar con Chabela en la cocina. A mi papá le gustaba que todo se preparara en casa, así que ahí se hacían los chorizos, el jamón, distintos quesos, las mermeladas y hasta los vinos con los que se acompañaba la comida.

Así pasó el tiempo y cuando cumplí seis años mis padres me trajeron a este colegio, es muy grande y estudiamos únicamente niñas. Es una construcción muy antigua, tiene unos techos altísimos y los pisos son de madera, igual que los mesa-bancos, es una mesa a la que se le levanta una tapa y ahí guardamos nuestros libros, a esta mesa está pegado el banco en el que nos sentamos. No tiene respaldo y siempre nos cuelgan los pies, yo me canso mucho, pues tenemos que estar muy derechas y al no tener en dónde recargarnos es un verdadero tormento para nosotras. Lo que me gusta del colegio es la hora del recreo; bueno, no mucho, pues no nos dejan correr, ni saltar la cuerda o jugar con la pelota. La maestra, que es una monja a la que le tenemos que decir *Miss*,

dice que el recreo es para que comamos nuestro *lunch* y platiquemos con nuestras amigas y no lo hagamos dentro del salón de clases.

Yo no sé por qué no me quiere la maestra y siempre me regaña por todo lo malo que ocurre en el salón. Últimamente han desaparecido misteriosamente muchas cosas. Hoy que estábamos en la clase de bordado, a una compañera se le perdió su costura junto con su arito y todo. Cuando Fernanda le dijo a la *Miss* que no la encontraba, la maestra inmediatamente me culpó.

—¡Gloria!, dame inmediatamente la costura de Fernanda.

—Pero, *Miss*, yo no tengo nada.

—Todo lo malo que ocurre en este salón lo haces tú, así que te doy cinco minutos para que devuelvas esa costura, de lo contrario te vas castigada al rincón y mañana no regresas a no ser que vengas acompañada de tus padres.

Pasaron cinco minutos y, por más que la buscamos, la costura no apareció.

—¡Gloria, al rincón!, y por ser tan desobediente y mentirosa se te va a aparecer el diablo.

El diablo no se me ha aparecido pero sigo castigada. Abro los ojos, bajo la mirada y ahora sí tiemblo del susto porque estoy viendo al mismísimo diablo. Lo siento bajo las tablas, moviéndose de un lado a otro, tropezando con la madera como si

quisiera salir, el piso cruje y una gran sombra negra se mueve de un lado a otro, siento que en cualquier momento me va a jalar por los pies y me llevará al infierno.

— ¡Ay! ¡El diablo, aquí está el diablo! — grito a toda voz sin poder contenerme.

La maestra se acerca y me sacude el brazo, como si estuviera enojada.

— ¡Deja de decir mentiras, Gloria! ¿O quieres que te imponga un castigo más severo?

No le hago caso. Lloro y repito:

— ¡Es verdad, el diablo está bajo esa tabla!

— ¡Cállate! Te voy a demostrar que es otra de tus mentiras.

La maestra llama a Margarito, el jardinero del colegio.

— Margarito, quiero que retire esa tabla que está suelta.

— Muy bien, *Miss Esperanza*, voy por mis herramientas.

Margarito sale veloz como una saeta, regresa inmediatamente con las herramientas necesarias para retirar la tabla.

— ¡Ahora verás con tus propios ojos que ahí no hay nada! Niña mentirosa.

Margarito, con gran facilidad, retira la tabla y deja al descubierto un hueco. De repente se escucha un ruido y sale volando a gran velocidad una enorme sombra negra.

Por la sorpresa armamos un gran alboroto, todas gritamos y algunas lloramos asustadas. Escuchamos un fuerte aleteo que nos hace mirar hacia arriba y vemos cómo sale por la ventana un enorme cuervo, grande como una gallina y tan negro como la mismísima noche.

Todas corremos a observar el hueco y vemos que ahí abajo se encuentran costuras, agujas, plumillas y una gran cantidad de objetos. Todas empiezan a hablar y yo, callada, observo a cada una de ellas.

— ¡Mire, *Miss*! Ahí está mi broche dorado — dice Fanny.

— ¡Mira mi dedal de plata! — asegura Cristi.

— ¿Ésa no es tu cadenita de oro? — le pregunta Itsbel a Mariel.

— ¡Quién lo dijera! Yo pensé que nunca más volvería a ver mi pulsera — dice Mariana.

— Margarito, saque todo lo que se encuentra dentro del hueco — ordena la *Miss*.

En sus manos descubro la costura de Fernanda. No me puedo contener y la tomo. Desde el suelo miro hacia atrás. La maestra me observa. Espero que pida disculpas; pero las personas mayores nunca las piden. Su cara se pone roja como tomate maduro. Ahora no da órdenes ni habla.

Rebeca Murga y Lorenzo Lunar, escritores cubanos los dos, son un matrimonio feliz. Porque tienen una hija hermosa, y porque escriben juntos.

En su literatura para niños y jóvenes se destaca un libro: Y comieron perdices, versiones en tono policial de conocidos cuentos clásicos. «El extraño caso de la zapatilla de cristal» es una de estas di-versiones. ¿Te han contado alguna vez el relato de La Cenicienta? Pues no te dejes engañar, ésta es la verdadera historia.

El extraño caso de la zapatilla de cristal

A todas las madrastras malvadas del mundo.
Que para algo sirven, a pesar de todo.

El príncipe don José del Berenjenal tenía otros quince apellidos y una decena de títulos nobiliarios, pero obligaba a todos a llamarlo Pepe. Es que, de tanto leer y gustar las novelas policiales de un señor nombrado Manuel Vázquez Montalbán —para él sencillamente Manolo— había acabado por imitar al héroe de éstas: el detective Pepe Carvalho.

El príncipe Pepe tenía dos grandes aficiones: la cocina y desentrañar los enredos criminales

Misterios de seis a doce
de la corte. Así pasaba su vida con mucho gusto, acompañado de su secretario Biscuter y de La Charo, una simpática cortesana que le doblaba la edad.

Pero una vez el príncipe Pepe tuvo que esclarecer un misterio que le tocó muy de cerca. Ése fue el extraño caso de la zapatilla de cristal.

Biscuter quería probar unas empanadas que el príncipe sabía hacer como casi nadie en el mundo y La Charo sólo tenía deseos de divertirse, por eso Pepe los complació convocando a una gran fiesta.

—Abriré las puertas del palacio para que vengan a bailar, y a probar mis platillos, todas las chicas del reino —comunicó Pepe a sus amigos. Y fue corriendo a darles la noticia a sus padres.

El Rey y la Reina no tuvieron más remedio que acceder: ya estaban acostumbrados a las excentricidades de su hijo, que poco respetaba la tradición monárquica. Y fue aquélla la fiesta más grande que recuerda la historia del reino hasta el día de hoy.

Cindy no supo de la gran fiesta hasta el último momento. Desde la muerte de su padre no hacía más que trabajar para su madrastra y sus dos hermanastras, y no tenía tiempo de leer la prensa ni de escuchar las proclamas del reino.

Cindy limpiaba el suelo.

Cindy bruñía los muebles.

Cindy lavaba las ropas.

Cindy fregaba las vajillas.

Y Cindy cocinaba.

Cindy pasaba la mayor parte del tiempo en la cocina, pues su madrastra y hermanastras eran unas glotonas de primera clase que no paraban de comer ni un instante.

La madrastra de Cindy se llamaba Angélica, pero aquel nombre era sólo para despistar porque en realidad era una bruja diabólica. Siempre odió a la chica porque no resistía ver el amor que ésta le profesaba a su padre. Es que las brujas son alérgicas al amor. Por eso, cuando el padre de Cindy murió, la madrastra se sintió feliz, pues podría descargar libremente todo su odio sobre la muchacha.

Las dos hermanastras de Cindy eran tan brujas como su madre. Entre las tres se odiaban a muerte, por eso eran felices. Y las tres volcaban todo su rencor sobre Cindy.

Aquella tarde hacía mucho calor. Cuando pasó el portavoz real anunciando la noticia del baile, Cindy estaba en la cocina preparando una sopa fría de espinacas y calabaza para saciar el hambre perpetua de las tres odiosas.

Para hacer esta sopa se hierven en leche de vaca las espinacas tiernas y los trozos de calabaza con una cebolla. Luego se bate todo junto y se cuele. Se pone a enfriar. Al servir, se aliña con vinagre, sal y aceite de oliva. (Fui yo quien le dio la receta a Cindy.)

Cuando Cindy sirvió la sopa, ya las tres malvadas sabían la noticia del baile. Pero no le dijeron nada. Para que no se les soltara la lengua, se pusieron enseguida a comer. Mojaban el pan en la sopa, se llenaban la boca y masticaban como cerdas.

La bruja indeseable, con todo el odio de su corazón, compró las telas más caras del mercado para hacer los vestidos que sus obesas hijas vestirían en el gran baile del príncipe Pepe.

«Si logro que una de estas dos inútiles se case con el príncipe seré rica», pensaba Angélica, que además de malvada era calculadora y siempre buscaba la manera de usar a los demás en su beneficio.

El día del baile, las dos hermanas rechonchas no paraban de decirse maldiciones:

—Ojalá te caigas y te partas una pierna para que no puedas ir al baile —decía una a la otra.

—Ojalá te ataque un virus con fiebre alta y dolores en los huesos para que no puedas levantarte de la cama —contestaba la agredida.

Y la bruja las contemplaba, orgullosa de su mala simiente.

Para la fiesta, llevaron al reino vinos de Rioja, turrone de Jijona y de Alicante, melones de Castilla, bacalaos de Noruega, morcillas asturianas y raspaduras de Santa Clara, entre otras delicadezas.

El príncipe Pepe pasó toda la tarde en la

cocina, preparando aquellas empanadas que eran su especialidad.

La masa de las empanadas se hace con harina de trigo, manteca tibia y agua con azúcar y sal. Se amasa con los puños hasta el cansancio y se deja reposar durante unas horas. Las empanadas se estiran con una brilla. Pueden rellenarse con carne picada, con queso, o con mermelada de guayaba. Finalmente se fríen con la manteca bien caliente. (Estas empanadas son exquisitas, te lo aseguro. Yo, que soy quien mejor las hace en el mundo, fui quien le dio la receta al príncipe Pepe.)

El príncipe Pepe estuvo friendo empanadas hasta el momento en que comenzó a tocar la orquesta. Entonces se presentó en el salón, sudoroso, con olor a manteca, con las manos embarradas de harina y gritando: «Cocineros de todas las naciones, uníos».

Como todos en el reino estaban acostumbrados a sus excentricidades, lo aplaudieron hasta el delirio.

Las dos hermanas regordetas llegaron al baile acompañadas de su indeseable mamá, que con orgullo contemplaba cómo ellas se pellizcaban y tiraban de los lazos de sus vestidos.

El príncipe Pepe bailó la primera pieza con La Charo, como era de esperar. Y luego comenzó a bailar con cada una de las chicas del reino que consiguieron turno para hacerlo.

Biscuter había repartido cien papeletas para la noche. Y, como hombre inteligente, se cuidó bien

de no darles boletas al par de gordas bayoyas hijas de la indecente madrastra de Cindy. De verdad, al príncipe no le agradaría nada bailar con aquellas bolas de cebo embadurnadas de cremas y lociones repugnantes.

Pero Angélica, bruja al fin, se valió de un par de ardidés para que sus odiosas hijas pudieran bailar con el príncipe:

Llamó a la marquesita de las Begonias y le dijo que acababan de avisar que su madre tenía un fuerte dolor de muelas. La marquesita, que amaba a su madre tanto que era capaz de padecer sus mismos dolores, en ese momento comenzó a sentir un potente dolor en un canino que la hizo retirarse del baile con lágrimas en los ojos, y le dejó el turno a una de las rechonchas.

La vieja cuchufleta también se encargó de difundir la noticia de que la condesa de las Magnolias estaba padeciendo, la pobre, de una incurable enfermedad en los huesos. Que los médicos no le recomendaban estar de pie, mucho menos bailar, pero que la infeliz ignoraba su triste condición. Todo era mentira, como se supone de cualquier noticia que divulgue una bruja, pero las tontas damas de la corte le creyeron y pasaron toda la noche haciéndole beber calmantes y pócimas a la pobre condesa, que mucho antes de que le llegara su turno estaba rendida de sueño encima de un sofá.

Así se hizo la repudiable madrastra de la papeleta para su no menos abominable segunda hija.

Cindy terminaba de fregar la loza que habían dejado sucia las tres marranas después de la tragantona que se dieran antes de salir para el baile.

Y cocía los panes para el desayuno.

Cuajaba la mantequilla.

Y molía el café...

Entonces apareció el Hada Madrina y le contó del baile que ofrecía el príncipe Pepe, y de las patrañas de su diabólica madrastra y de sus no menos repudiables hermanastras para que ella no fuera a la fiesta.

Y, como las hadas madrinas por ser tan buenas no soportan a las brujas endemoniadas, le dijo a Cindy:

—¡Te juro que irás a ese baile!

Con una calabaza fabricó una carroza. (Esta receta es más difícil y compleja que la del flan de calabaza. Lo juro.)

Tomó un par de ratones y los convirtió en corceles.

Con un pase mágico cambió los harapos de Cindy por un precioso vestido.

—¡Andando! —le dijo. Sólo te recomiendo una cosa: debes volver a casa antes de las doce de la noche; de lo contrario, se te quemarán los panes que tienes en el horno y, si eso sucede, tu madrastra es capaz de matarte.

Cuando Cindy entró al salón de baile, todos los que allí estaban quedaron perplejos al ver a aquella damita tan elegantemente vestida y con tan finos modales.

El príncipe Pepe se acercó a ella y, olvidándose de las papeletas que su fiel Biscuter había repartido e ignorando a las decenas de muchachas que esperaban por él, tomó a Cindy por el talle y se pusieron a bailar.

Así bailaron una, dos, tres, cuatro... no se sabe cuántas piezas ante la estupefacción de todos.

Cindy se sentía como una reina y Pepe estaba sumergido en el azul profundo de mar de los ojos de la muchacha.

Sólo podía ver sus ojos, porque un elegante antifaz disimulaba el precioso rostro de Cindy. Pero aquella mirada azul fue suficiente para prender de amor al excéntrico príncipe.

Aquella mirada, y el olor a tomillo y a cocina que brotaba de todo el cuerpo de la grácil damita.

—Eres la camarera de mi amor —susurró Pepe al oído de la chica, canturreando el estribillo del son que bailaban. Y ella se sintió desfallecer de amor.

Entonces sonó la primera de las doce campanadas que anunciaban la medianoche.

Las campanadas del reloj trajeron a Cindy a la realidad.

Era medianoche.

El olor a panes quemados llegó hasta su naricita.

Los chillidos diabólicos de su insufrible madrastra rechinaron en sus oídos.

Cindy salió del palacio a toda carrera y dejó plantado al príncipe Pepe en medio del salón de baile. Ella no tuvo tiempo para volverse a recoger la zapatilla de cristal que dejaba atrás; única prenda que guardara el príncipe enamorado durante semanas como recuerdo de su bella camarera.

Poco tiempo tardó el príncipe Pepe en admitir que estaba muriendo de amor. Una tarde le confesó sus sufrimientos a Biscuter y a La Charo.

—No puedo más. No puedo vivir sin ella. La necesito. Sueño con su olor a tomillo y a cocina y me desvelo imaginando los platos que ese ángel puede cocinar para mí. Necesito encontrarla.

Biscuter y La Charo sabían que no era fácil encontrar a la misteriosa damita.

En la corte no se hablaba de otra cosa que de la doncella misteriosa. Nadie podía explicar su extraña aparición en el baile y, mucho menos, su súbita huida.

Nadie sospechaba quién era aquella muchacha. Mucho menos que se trataba de Cindy.

Como un joven enamorado siempre comete alguna tontería —aunque se trate de un príncipe

Misterios de seis a doce
que imita los métodos de Pepe Carvalho — nuestro héroe se apresuró a redactar un pliego con un anuncio real.

«Aquella joven casadera cuyo pie ajuste en la zapatilla de cristal, será tomada como esposa por Su Alteza el príncipe y se le otorgará el cargo de Cocinera Emérita del Reino.»

— Una comisión compuesta por el zapatero y el ortopédico reales, además de dos jóvenes de toda mi confianza, irá casa por casa obligando a todas las doncellas menores de veinte años a probarse la zapatilla de cristal —le dijo Pepe a Biscuter. Tú te encargarás de que no quede una sola casa en toda la comarca sin visitar. Que no quede ni una sola chica sin probarse la zapatilla.

Desde que se anunció la gran campaña real en busca de la mujercita fantasma, tres cosas ocuparon el tiempo de la diabólica madrastra. La primera fue conseguir inscripciones de nacimiento falsas para sus dos hijas regordetas, ya que ambas pasaban ampliamente los veinte años. No le fue muy difícil. Para eso chantajeó a otra bruja conocida suya que trabajaba en los registros civiles del reino y a la que le sabía algunos pecadillos horrendos.

Lo segundo era reducir las patazas de las dos gordas elefánticas. Para esto fue a rogarle a la Arpía Cortapatas, una curandera que ya era tristemente célebre por amputarle la pierna al Soldadito de

Plomo y había sido cómplice suya en un oscuro negocio de contrabando de panteones.

Resuelto este par de asuntillos, lo otro era que Cindy no se enterara de la campaña.

Angélica y sus hijas no imaginaban que Cindy fuera la damita fantasma tan buscada por todo el reino, pero tampoco querían arriesgarse a que le sirviera la zapatilla. Para eso redoblaron los abusos con la chica. La obligaron a preparar tres desayunos diarios, siete meriendas, cuatro almuerzos y cinco cenas.

Cuando la Comisión Real pasó por casa de Cindy, ella no se enteró. La bestia de su madrastra la había mandado a freír espárragos.

Las dos hermanastras de Cindy, después de golpearse y halarse de los pelos mutuamente, se probaron la zapatilla. Y ambas consiguieron meter la pata.

—Doscientas cuarenta y cinco chicas del reino lograron introducir su pie izquierdo en la zapatilla sin un mínimo de esfuerzo —informó Biscuter a Pepe. Según el ortopédico y el zapatero reales, ése es, a nivel mundial, el tamaño estándar de pie para las chicas entre quince y veinte años.

—Por este camino no llegaremos a ninguna parte —dijo La Charo alisándose los pliegues de su falda.

Y dejaron a Pepe en su alcoba, a solas con sus

Misterios de seis a doce
reflexiones y con una novela de Vázquez Montalbán
entre las manos.

A la mañana siguiente, Pepe mandó llamar a sus amigos. Su rostro revelaba un magnífico humor, como no había pasado en los últimos días.

—Tengo la solución —les dijo— pronto sabremos quién es ella. Toma papel y lápiz, Biscuter —y comenzó a dictar—: «Su Alteza, el príncipe José del Berenjenal y quince apellidos más, con la prescindible anuencia de los reyes de este reino de fantasía, convoca al concurso de cocina La Camarera De Mi Amor. En este torneo están obligadas a participar todas las jóvenes del reino que sean solteras y no hayan cumplido los veinte años. La mejor cocinera será tomada como esposa por Su Alteza el príncipe José y recibirá la Orden Salsa Mayor de la Asociación Culinaria del Reino».

Cien veces la más fea de las hermanastras de Cindy intentó freír un huevo y no lo consiguió. Cien veces la más gorda trató de hacer una tortilla francesa y tampoco tuvo éxito. Cuando las dos energúmenas estaban a punto de bañarse mutuamente con manteca hirviendo, apareció Angélica con una solución:

—La tonta de Cindy va a cocinar los platos que ustedes presentarán en el concurso.

La páfida madrastra tenía magníficas relaciones con el Abogado del Diablo. Fue a verlo a su despacho y consiguió que éste le redactara

un documento falso en el que Cindy renunciaba a sus derechos de autora sobre todos los platos que cocinara en su vida, y estos pasaban a ser propiedad intelectual de sus hermanastras.

—Cocinarás dos exquisitos platos para el concurso que convoca el príncipe, pero ni sueñes con que serás tú la ganadora, pobre diabla —le dijo la arpía a Cindy y le mostró el documento en medio de una sarcástica risotada.

La muchacha se fue cabizbaja a la cocina y comenzó a preparar las especias.

Una semana estuvo el príncipe Pepe, auxiliado por Biscuter y La Charo, degustando los platos que presentaron a concurso las jóvenes del reino. Hubo de todo, desde chuletas de cerdo a la española hasta tajadas de aire a la francesa. Desde sopas hasta postres. Pescados, mariscos, cordero, ternera...

Decenas de platos impresentables y algunos exquisitos. Pero indudablemente había dos finalistas: las manitas de cerdo rellenas con almendras y los morros y tripas de bacalao en salsa agri dulce.

Los dos platos eran los que Cindy había cocinado a nombre de sus hermanastras.

(Estas dos recetas pertenecen a una excelente cocinera catalana que se nombra Ester. Ella las cocinó para mí una vez que estuve de visita en Barcelona, y yo después le pasé las recetas a Cindy. Pero no puedo hacerlas públicas sin la autorización de su autora.)

Para el acto de premiación se engalanó el palacio real. Todo estaba preparado para que, inmediatamente que se diera a conocer el nombre de la ganadora, se efectuara la boda de ésta con el príncipe.

Cuando Pepe mencionó los nombres de las finalistas, las dos gordinflonas se abalanzaron sobre él dándose empujones una a la otra.

El pobre Pepe no podía creer que pudiera ser cierto lo que estaba pasando. El Rey y la Reina se lamentaban:

—Esto debe ser el castigo de algún hada que olvidamos invitar a la fiesta. Ellas estilan eso —decía la reina.

—¡Tonta! —bramaba el Rey—. Esto no es más que la consecuencia de otra de las excentricidades de nuestro hijo anarquista.

Entonces apareció Cindy en la escena. Iba vestida con sencillez. Su vestidito blanco estaba protegido por un delantal de vuelos rosados y sobre su cabeza llevaba una cofia también blanca. Cindy era, además, una buena costurera.

Entre sus manos sostenía la otra zapatilla de cristal.

(Nadie sabe cómo Cindy logró convencer al portero para que la dejara pasar. Hay algunas versiones que se basan en ciertos encantos y habilidades de la linda rubita que poco tienen que ver con la cocina.)

Cuando se acercó al príncipe, él enseguida la reconoció por el olor a tomillo.

—¡La camarera de mi amor! —exclamó y la tomó por el talle para conducirla hacia el altar.

Las gordas chillaron como ratas.

El Rey y la Reina respiraron aliviados:

—Ya que habrá un tizón para nuestra noble familia, que sea al menos una chica que se pueda presentar en público.

Las perretas de las hermanastras de Cindy y las reclamaciones de la diabólica madrastra sólo sirvieron para que se conociera en el reino toda la verdad. O mejor dicho: todas las mentiras de éstas.

Sin embargo, el Abogado del Diablo pudo llegar a los tribunales.

En juicio público, exigió al infante real que cumpliera su compromiso de casarse con la ganadora del certamen, o con las dos. Y presentó como prueba triunfadora la cesión de derechos culinarios por parte de Cindy a sus hermanastras.

En un juicio limpio y democrático, los malos se hubieran salido con la suya. Pero, por una vez en su vida, el príncipe Pepe abusó del poder monárquico y mandó ahorcar al chupatintas.

La bruja intrigante fue a parar a la cárcel junto a sus otros cómplices.

Y las hermanastras de Cindy fueron condenadas a dieta perpetua.

El príncipe Pepe y la bella cocinera se casaron inmediatamente. Y se fueron muy lejos, a la ciudad de Bangkok, donde vivieron felices algún tiempo. Hasta aquel día en que, pensando que se trataba de calamares en su tinta, Cindy dio a comer a su esposo un apetitoso guiso de serpiente cascabel.

Eduardo Agustín González es un escritor argentino que vive en Buenos Aires. Estudió psicología y ejerce como psicólogo infantil. Quizás por eso sabe que una de las mejores medicinas para aliviar las tristezas y preocupaciones de un niño es una buena lectura.

El detective PiloMontaliú es quizás el personaje más conocido de los varios que Eduardo Agustín ha creado. Sus aventuras son famosas y han sido publicadas en varios países de América, especialmente aquella novela que se titula El fantasma de Gardel ataca el abasto. Sin embargo, Taiene Itatí, la joven detective indígena, es igual de inteligente, simpática y original. Seguro disfrutarás esta aventura.

El caso del reloj de la catedral

Mi nombre es Taiene¹ Itatí, porque nací la noche en que una estrella fugaz cruzó el cielo misionero; pero en Caá Porá², un pueblito que se enraíza en el borde de la selva, todos me llaman Tati. Me encanta andar en bicicleta, nadar en el río, sumergirme en la selva

1 Taiene, en lengua guaraní significa estrella.

2 Ser fantástico guaraní que protege la fauna.

y descubrir lugares secretos, así fue como descubrí una casita abandonada donde instalé mi agencia de detectives, porque soy detective privado o tal vez deba decir detectiva privada, o detective privada. A pesar de tener once años y haber resuelto muchos casos, todavía no pude encontrar la solución de ese problema; algún día tendré que usar mi cabeza para resolver el enigma. En mi agencia tengo una mesa y un banquito de mimbre gastado, muchas jaulas vacías, porque me encanta liberar a los pájaros que otros encierran, una lámpara de querosene, varios mapas y una brújula antigua que fue de mi abuelo. Así como Sherlock Holmes lo tenía a Watson, yo tengo a Pyka, una paloma que liberé de las garras de uno de los peores contrabandistas de pájaros que azotan la región. Ella me acompaña en todas mis misiones y, aunque nadie me crea, muchas veces, cuando estoy desorientada, me da alguna pista para resolver los enigmas.

Aquella mañana de verano, yo estaba leyendo un libro de Poe, anotando las ideas del detective Dupin. Porque mi mejor escuela fueron los libros. Aprendí a ser detective (o detectiva) leyendo los casos más increíbles que otros detectives resolvieron. De repente un ruido me sobresaltó. Pyka voló hacia la ventana y se paró en estado de alerta. ¿Qué estaba pasando? Muchas veces, estando sola en la selva sentí miedo. No por los animales, porque ellos no son

un peligro, en realidad el peligro son los cazadores o los contrabandistas de pájaros y serpientes. A veces sentía miedo de que alguno de esos contrabandistas a los cuales yo había descubierto y soltado sus pájaros, tomara venganza en mi contra.

Me acerqué a la puerta con la idea de salir corriendo si reconocía a algún enemigo.

Los pasos se hicieron más cercanos. Vi que Pyka se tranquilizaba y volvía a su nido. Ya lo dije antes, ella es capaz de mostrarme cosas que yo no puedo entender.

Al rato apareció Matías. Venía caminando, llevando a su bicicleta del manubrio, porque es imposible andar en bici por la selva, las raíces hacen imposible la marcha. Matías es uno de mis mejores amigos, es músico, tiene una banda de Hip Hop que se llama Cadáver Exquisito.

—¡Ey, Tati! —me dijo estacionando su bici al lado de la mía. Hay un chiflado que se subió al reloj de la iglesia y lo destrozó.

«¿Un loco que destrozó el reloj?», pensé y mi corazón empezó a latir con más fuerza y también sentí un cosquilleo erizándome los pelitos del brazo. Clara señal de que tenía un nuevo caso entre mis manos. La miré a Pyka y ella me miró. Estábamos de acuerdo.

—¡Es hora de entrar en acción! ¡Vamos!

La paloma voló hasta mi bici y se trepó al manubrio como si fuera la rama de un árbol.

Caminamos hasta el fin de la selva, montamos a nuestras bicicletas y pedaleamos hasta el centro del pueblo.

— ¡No doy más! — rezongaba Pocho en el atrio de la iglesia. Pido la jubilación y me dedico a criar loros de angora. ¡La gente está mal de la cabeza, Tati! Un tipo se metió en el reloj y le hizo saltar la cuerda con un destornillador.

Pocho es gendarme, se encarga de cuidar la frontera, porque Caá Porá no sólo está al borde de la selva, sino que también está en el borde de Paraguay y Brasil. Una frontera muy complicada por donde el contrabando hace de las suyas: pájaros, animales exóticos, drogas, trabajadores esclavos, trata de personas, tráfico de bebés. Pero la valentía y la fuerza de Pocho hacen que muchas veces los delincuentes no se salgan con la suya.

Subimos al campanario. El padre Juan hablaba con un hombre de mirada extraña. En un rincón, el chiflado que había roto el reloj había dejado una caja metálica con herramientas y el estuche de un contrabajo.

— ¿Sos músico? — preguntó Matías señalando el estuche.

— Sí, por eso sé mucho de relojes. Me di cuenta de que estaba atrasando y no soporto que los relojes no sean exactos, el tiempo debe medirse con precisión, como en la música. Subí y lo quise ajustar;

pero saltó la cuerda. No se preocupen, yo lo arreglo. Primero pensé que el tipo estaba chiflado, tenía una obsesión por la música y los relojes; pero después empecé a sospechar. ¿Por qué no pidió permiso para arreglarlo?, además si sabía tanto de relojes como decía ser y le importaba tanto la exactitud, ¿por qué no había sido más cuidadoso y le había hecho saltar la cuerda?

El chiflado lo miraba a Pocho con ojos de carnero degollado, se había dado cuenta de que el gendarme era un hombre de acción y que podía terminar en la cárcel.

—Está bien, hombre —dijo el padre Juan. Yo lo perdono, haga su trabajo; pero por favor que quede bien arreglado, este reloj es una joya.

—Lo salvó que el padre es más bueno que la compota, que si no pajarito a la jaula —dijo Pocho. Bueno, Tati, me voy, está todo en orden. Hoy es domingo y los domingos son una ceremonia. Vienen mis hijos a almorzar, la Patrona prepara unos ñoquis tremebundos y nos quedamos charlando toda la tarde.

Bajamos del campanario. En la plaza estaban decorando la retreta con flores y banderas.

—¿Qué se festeja? —pregunté a uno de los hombres que trabajaba.

—¿En qué planeta vivís, nena? Hoy se firma la paz entre los Chadules y los Carios.

Ellos eran los pueblos originarios de la región, los primeros habitantes de la selva. Durante muchísimos años habían estado peleados, pero finalmente habían comprendido que, como siempre dice mi abuelo, la unión hace la fuerza y se iban a unir para defender sus tierras.

—Es un momento histórico —siguió explicando el hombre— en unas horas los caciques de las dos tribus vienen a la plaza. Van a fumar la pipa de la paz. ¡Va a ser una festichola de la gran flauta!

—¿Y por qué es tan importante? —pregunté.

—¡Ay esta juventud, esta juventud! ¡Querida! ¿Cómo por qué es tan importante? Las tierras que ellos ocupan son una de las reservas de agua potable más importante de la región. ¡El agua! La próxima guerra mundial va a ser la guerra de la sed. La gente se va a pelear por el agua.

Me despedí de Matías y pedaleé hasta mi agencia. A pesar de que era la hora del almuerzo no tenía hambre. Me senté a leer; pero no podía concentrarme. La miré a Pyka. Estaba inquieta, volaba de un lugar a otro. Yo no podía dejar de pensar en la mirada del chiflado, porque no era la mirada de un loco, había cierta malicia en sus ojos; pero, por otra parte, el padre Juan había confiado en él. Cerré el libro y empecé a anotar palabras sueltas en una hoja. Muchas veces, cuando no entiendo,

dejo que mi mano deambule con un lápiz sobre el papel. Trazo líneas, dibujo cosas, escribo palabras. Anoté: reloj - plaza - loco - pueblos originarios - agua - guerra de la sed - pipa de la paz - estuche de contrabajo.

¿Qué relación podrían tener todas esas palabras?

Empecé a unir con líneas intentando buscar alguna explicación. Si los pueblos se unían significaba que iban a ser los dueños del agua y era cierto que el agua era cada vez más escasa en el planeta, con lo cual, quien fuera dueño del agua, tendría mucho poder, entonces, para algunos no sería bueno que los dos pueblos se unieran. ¿Y el estuche? ¿Qué podría haber dentro del estuche? De repente, un recuerdo vino a mi mente. Mi abuelo pronunciando aquellas palabras que siempre pronunciaba. «No hay que pelear entre hermanos, la unión hace la fuerza», entonces las piezas se acomodaron y solté un sapucaí³ que me salió del alma.

— ¡Chaaamameeé!

Pyka voló hasta el manubrio. Salí de la selva, trepé a la bici y, a toda velocidad partí hacia casa de Pocho. Cuando llegué a lo del gendarme, él me recibió con una servilleta a cuadros puesta como babero.

— ¡Tenemos que ir al campanario de la iglesia, Pocho! ¡Van a matar a los caciques!

³ Grito típico del chamamé.

—¿Te volviste loca, gurí?

—No, Pocho, es grave, el loco, el estuche, es un francotirador...

—Vos leés demasiado, querida, dejame tranquilo, hoy es domingo, vinieron mis gurises, la Patrona hizo ñoquis, hace calor, así que...

Miré a Pocho y a su familia con cara de gatito abandonado bajo la lluvia.

—¡Pocho! —dijo Teresa, la esposa del gendarme. No podés hacerle esto a la Tati, no se lo merece, si no vas, me declaro en huelga de hambre y cierro la cocina.

Los hijos de Pocho también me apoyaron.

—¡Ufa! —protestó arrancándose la servilleta del cuello. Mejor que esto no sea una falsa alarma porque no te lo voy a perdonar. Los ñoquis son sagrados.

Trepamos a la camioneta y partimos rumbo a la iglesia. Subimos sin hacer ruido. El loco estaba lustrando la mira telescópica de un fusil. En un abrir y cerrar de ojos, Pocho lo esposó, lo subió a la camioneta y lo llevó a la comisaría.

—Listo el pollo, viuda la gallina —dijo el gendarme. Bueno, Tati, te invito a comer a casa, te lo merecés, pero vamos rápido porque tengo un hambre tremebunda.

Después de los ñoquis, Teresa sirvió una ensalada de fruta que tenía de todo. Ella estaba orgullosa de mí y de haberme apoyado.

— Decime, Tati — me preguntó uno de los hijos de Pocho. ¿Cómo hiciste para descubrir que todo lo que hacía el tipo era una parodia y en realidad era un francotirador?

— Una vez, cuando yo era chiquita, mi abuelo agarró un puñado de ramas. Intentó romperlas y me dijo: «¿Ves que no se quiebran? ¡La unión hace la fuerza!». Tenemos que ser solidarios y unidos, porque si no, como decía Martín Fierro, nos devoran los de afuera... Nunca lo voy a olvidar — me emocioné al recordarlo. Yo estaba muy confundida; pero de pronto recordé las palabras de mi abuelo. Yo había escrito un montón de palabras sueltas: reloj, plaza, loco, pueblos originarios, agua, guerra de la sed, la unión hace la fuerza, estuche de contrabajo. Entonces vino a mi mente la imagen del loco y del contrabajo y muchas películas que había visto donde se usaban los estuches para esconder armas. ¡Chamamé!, por ahí venía la pista. Los poderosos no querían que los pueblos se unieran para quitarles las tierras y quedarse con el agua. En el contrabajo hay un fusil, pensé. Vine a buscarlo a Pocho y lo atrapamos.

Los hijos del gendarme empezaron a aplaudir y Pyka voló sobre nosotros festejando la resolución del caso.

Claudio del Castillo es un joven escritor cubano. Siempre sonriente se pasa la vida soñando con extraterrestres y mundos paralelos. Debe ser por eso que es bueno escribiendo historias de ciencia ficción con mucho sentido del humor, cosa que a los lectores más jóvenes les encanta.

«Un hurkle en la basura» es una excelente muestra de la obra de Claudio, quien ya tiene en librerías su primer volumen de cuentos: El vuelo del Ilirith.

Un hurkle en la basura

A Theodore Sturgeon

Fred lo pinchó con un palo, sin embargo no se movió. Tenía los cafmores mustios; los kums, rígidos como sus seis patas; y la tonalidad de su piel, normalmente de un bello azul intenso, era la que tendría un cielo encapotado. El niño, testarudo, alzó uno de sus ocho párpados y comprobó que sus pupilas se habían vuelto del color del algodón.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Fred: su hurkle estaba muerto.

Muerto dentro de una bolsa de *nylon* que alguien había arrojado a la basura que se amontonaba en un extremo del jardín.

— ¡Mamá!

La señora Thorpe, que llevaba largo rato observando a su hijo desde la cocina, tardó unos segundos en responder:

— ¿Qué pasa?

El niño se incorporó y miró a su madre fijamente; su semblante era una mezcla de ira y dolor.

— ¿Quién mató a mi hurkle?

— ¿Qué dices, cariño? —preguntó la señora Thorpe, mientras ponía a escurrir la vajilla del almuerzo, recién fregada.

— Digo que alguien mató a mi hurkle, y quiero saber quién fue.

Corrió hasta la cocina llevando la bolsa de *nylon*; de puntillas, la abrió frente a las narices de su madre.

— ¿No ves el golpe que tiene en la cabeza?

— Lo veo —admitió la señora Thorpe— seguramente el pobrecillo se cayó del roble viejo. Sabes que no paraba de brincar de aquí para allá.

— Mi hurkle nunca se caería de ninguna parte. Era más ágil que un mono. De todas formas, ¿por qué echarlo a la basura? Eso es cruel.

La señora Thorpe agitó los brazos y negó enfáticamente:

— Ah, no, de eso yo no sé nada. ¡Bob, tenemos un pequeño problema aquí!

Robert Thorpe salió del dormitorio calzando

unas chancletas y con su eterno periódico en la diestra:

—¿A qué viene tanto alboroto?

—Papá —dijo Fred—, mataron a mi hurkle y lo echaron a la basura. ¿Fuiste tú? Confiesa.

—No, no fui yo —dijo el señor Thorpe muy serio. ¿Cómo puedes imaginarme capaz de una cosa así?

—Entonces fue abu. Sí, fue ella; el otro día la oí quejándose de la picazón que le provocaba mi hurkle cuando jugaba con mi pelota —el niño acarició al animalito yerto. Si no era su culpa sentirse contento por cualquier motivo. ¡Abuela, ven aquí, pero ya!

—Fred, ¿qué modales son esos? —lo reconvino la señora Thorpe.

—Déjalo, ¿no ves que está enfadado? —dijo la anciana, que acababa de ducharse. Imagino que tendrá sus motivos —y miró a su hija y al señor Thorpe de una manera muy peculiar. He escuchado la conversación y no, Fred, yo no maté a tu cachorro. Mucho menos lo arrojé a la basura.

Fred, decepcionado, comenzó a dar paseítos por la cocina con las manos a la espalda. La bolsa de *nylon* le golpeaba las pantorrillas a cada paso que daba. Finalmente se detuvo y señalando con un dedo a los presentes declaró con voz firme:

—Uno de ustedes miente y voy a descubrirlo. El asesinato de mi hurkle no quedará impune.

Y el señor y la señora Thorpe, y hasta la abuela, no pudieron evitar reír por lo bajo cuando el niño salió al jardín para darle sepultura a su mascota.

Aquella tarde de sábado fue exasperante para la familia Thorpe. Fred no permitía que su abuela y sus padres realizaran los quehaceres o disfrutaran el béisbol. Los acosaba con preguntas, en su mayoría muy ingeniosas, con el evidente objetivo de sorprenderlos en una contradicción. Cuando una respuesta le parecía significativa, la anotaba en una libreta; en cierto momento masculló lo que podría ser una deducción, pero por más que la abuela aguzó el oído le fue imposible enterarse de qué se trataba. Un fastidio.

Incluso a la hora de la cena los ánimos inquisidores de Fred no se aplacaron, hecho que le ganó una nueva reprimenda de la madre. El niño, en señal de protesta, rehusó probar la mermelada de cerezas que había de postre, y fue entonces el padre quien lo amenazó con el cinto porque el niño «tenía que comer para crecer».

Esa noche se retiró a su cuarto antes de lo habitual, cargando media docena de libros sobre detectives que había hallado en la biblioteca.

El domingo Fred se levantó muy temprano y tocó al dormitorio de sus padres. La señora Thorpe abrió la puerta con el sueño todavía pegado al rostro y preguntó malhumorada:

—¿Qué sucede, Fred? No son ni las ocho de la mañana.

—Despierta a papá. ¡Los quiero en la sala, ahora!

—¿Qué dices, criatura?

—Ni se laven los dientes.

La abuela, que sí había madrugado y preparaba el desayuno, recibió idéntica notificación.

—Abu, papá y mamá —Fred inspiró hondo, buscando organizar sus ideas—, los he reunido aquí para esclarecer la muerte de mi hurkle y —leyó en su libreta una frase extraída de una novela— el posterior ultraje de su cadáver.

—Fred —dijo la señora Thorpe—, ¿no te parece que llevas esto demasiado lejos? ¿Por qué no te vas al jardín a achicharrar hormigas mientras nosotros desayunamos?

—Permite al niño que se exprese, Emma. Para él, imitar a un detective también es una diversión.

—Diversión nada, abu —intervino Fred—, hay un asesino en esta sala y debe pagar por su crimen.

—¿Y qué acción emprenderás cuando lo descubras? —el señor Thorpe se inclinó en el butacón que había ocupado. ¿Lo entregará a la policía?

—A la policía le importa un demonio lo que le pase a mi hurkle.

—¡No blasfemes!

—Discúlpame, papá —y arrugó el ceño. A ese asesino, yo, Winifred Thorpe, no lo querré nunca más.

—Te diré lo que haremos, Fred —dijo la señora Thorpe—: compraremos otro hurkle en Lirth y asunto concluido. Nos lo podemos permitir, ¿cierto, Bob?

—Mejor un gato —el señor Thorpe no era tan optimista en cuanto a la salud de las finanzas domésticas se refería. Los gatos, Fred, no emiten radiaciones urticantes cuando están felices y aunque no lo creas, son más cariñosos con sus amos que los hurkles. Y, claro, mucho más agradecidos.

—¡Eso es mentira!

—Es la pura verdad. El hurkle es un animal tan feliz que no le interesa si tú eres feliz. Sólo dejas de serle indiferente cuando le proporcionas regocijo; prestándole tu pelota de colores, por ejemplo. ¿Acaso la semana pasada no se fue con los Smith sólo porque su jardín luce más cuidado?

—Está más cuidado —afirmó el niño.

—¿Y eso es motivo para ignorar a sus legítimos dueños, los que le damos refugio y alimento?

—Papá, a ti lo que te molesta, y por tanto te convierte en sospechoso, es que según tú —Fred consultó sus anotaciones— los hurkles son mascotas para un tiempo limitado porque los rayos ultravioletas que llegan a la Tierra desde el espacio,

eventualmente disparan en ellos un mecanismo de autorreproducción desenfrenada, y peligra así el equilibrio ecológico de nuestro planeta.

—¿Según yo? ¿Según yo? —el señor Thorpe se levantó del butacón y agitó en lo alto el periódico que sostenía. Lee los diarios y te enterarás de que en las llanuras australianas hay ya más bestezuelas azules que canguros o dingos.

—Robert, tranquilízate. ¿Cómo vas a alentar al niño a que lea la prensa con las guerras que hay y la edad que él tiene?

—Abu, tú no te hagas la santurrona; bien sé que mi hurkle se comió casi todas las abejas de tu colmena.

—Casi todas no, Fred. ¡Absolutamente todas! —la anciana aferró la escoba hasta que sus nudillos palidecieron. ¿Por qué crees que mi artritis ha ido en aumento? Porque ya no puedo hacer terapia con sus picaduras. Y eso que cada mañana yo le ponía a ese bicho en el plato los grillos y lagartijas que cazaba en el desván. Pero no, ¡tenían que ser mis abejas! Claro, como eran más llamativas y además le divertía el mero hecho de atraparlas... ¡Ay, mis pequeñas!

—Ergo, sospechosa.

—¿Ergo? —el señor Thorpe miró a su esposa y se encogió de hombros.

—¡Fred, respeta las canas!

—No, canas te salieron a ti, mamá, cuando me dio la varicela y la alegría de mi hurkle, la alegría que

él no podía evitar, provocaba que yo me arrancara las postillas hasta dejarme la carne al rojo vivo.

—Estuviste en intensiva con pronóstico reservado por causa de aquello, ¿te acuerdas?

—No, pero aquí pone lo de la infección —y una vez más Fred apeló a su libreta.

—Hasta un gato se hubiera dado cuenta de que te hacía daño.

—Por eso to-dos us-te-des son sospechosos de la muerte de mi hurkle.

—De acuerdo, hijo, sospechosos los tres, pero ¿quién es, al fin y al cabo, el asesino?

—Bueno, papá, antes de reunirlos aquí sólo me quedaba un misterio por resolver, y era determinar quién tuvo la ocasión de matar a mi hurkle, quién no tiene coartada entre las nueve y las once de la mañana del sábado, hora en que se acabaron los muñequitos.

—Fred, el problema es que to-dos no-so-tros estábamos aquí, mientras tú veías los muñequitos en la casa de Lucila Smith.

—Así es, abu. El único ausente en el lugar del crimen era yo —y miró a los sospechosos uno por uno. No sé quién es el culpable. Necesito una confesión.

Hubo un minuto de silencio.

—Estoy esperando.

La abuela movió los labios, pero se contuvo y se aplicó a barrer la alfombra de la sala. Robert

Thorpe abrió el periódico y fingió leer las deportivas mientras su esposa, que se inspeccionaba las uñas, comentó algo acerca de sus cutículas.

Fred hizo un puchero, arrojó la libreta al suelo y ocultó el rostro en el pecho de su padre. Sus hombros se estremecían con violencia, de su garganta brotaban gemidos de alma en pena.

El señor Thorpe se revolvió incómodo en su asiento y le palmeó la espalda.

— Ánimo, campeón.

La abuela le acarició el pelo a su nieto con ternura, y la señora Thorpe dijo:

— Fred, ¿quieres ir al parque a jugar?

Fred alzó la mirada:

— ¿Al parque, mamá?

— Al parque.

— Fíjate que hay que coger un autobús y tú odias los autobuses.

— Anda, vístete.

El parque estaba repleto de chiquillos. También estaba Lucila Smith. Ella y Fred se pusieron a jugar a las escondidas entre los arbustos y los pinos, hasta que Fred resbaló y se magulló un codo. Lamentándose fue a donde estaba su madre.

— Es la segunda vez que lloras hoy — apuntó la señora Thorpe — y tú ya eres un hombre.

Fred se enjugó las lágrimas:

— La primera.

— ¿La primera qué?

—La primera vez que lloro hoy, mamá. Lo de ahorita fue un teatro.

La señora Thorpe se dejó caer en un banco del parque, con las manos apoyadas en sus rodillas. El niño se sentó a su lado y se frotó un dedo embadurnado en saliva por el rasponazo.

—Fue un accidente —murmuró la señora Thorpe— retozaba entre mis piernas y lo aplasté con el zapato.

—No me expliques.

—Y para colmo tu padre olvidó botar la basura. Pero tu abuela insistió en que te lo dijéramos...

Fred le tomó una mano a su madre.

—Mamá, yo siempre te querré.

—¿Verdad que sí?

—Oye, ¿y qué nombre le ponemos al gato?

Franco Vaccarini es un escritor argentino que ha pasado su vida escribiendo y trabajando para el público infantil y juvenil. ¡Ha publicado más de cincuenta obras para niños y jóvenes! Y como si esto fuese poco fue subdirector de la revista de cuento latinoamericano Mil mamuts y ahora es director de la colección Galerna Infantil. En el año 2006 ganó el premio El Barco de Vapor con su novela La noche del meteorito.

Este es el título del relato que ha tenido la gentileza de regalarnos para esta edición, un verdadero golazo literario.

Un ladrón en el Antiguo Hotel Imperio

Apenas bajé del ómnibus en la terminal, me tomé un taxi directo al bar El Cairo. En una de las mesas más remotas —el bar es grande como una cancha de fútbol— me esperaba el inspector de policía Augusto Cometa. Pero ¿qué hacía yo allí? Había ido hacia Rosario, hacia el bar El Cairo y hacia el inspector Cometa porque así me lo encomendó mi cliente, el señor Pagano, el dueño del Antiguo Hotel Imperio, un edificio histórico ubicado en el centro de la gran ciudad santafesina. Pagano me había contratado para reforzar la investigación de la policía local, coordinada por el inspector Cometa,

Misterios de seis a doce
sobre los continuos robos de dinero en efectivo a los pasajeros del hotel.

He aquí lo que me dijo Pagano por teléfono, cuando yo todavía estaba en mi oficina de Buenos Aires:

—Emilio, mi hotel quebrará en poco tiempo si no termino con esta ola de robos. Ya empecé a perder clientela, la competencia está feliz. Vea de mi parte al inspector Cometa, que es buena gente, aunque un poco hostil con los forasteros. Salvo él, nadie debe saber que usted es un detective privado.

—¿Y cuál es la misión? —pregunté.

—Se hospedaré en mi hotel como cualquier pasajero. Y allí deberá encontrar la manera para que, en caso de detectar un sospechoso, sepa que usted guarda dinero en efectivo en su habitación. El inspector lo espera con los brazos abiertos y cinco mil pesos en billetes marcados, la carnada para el ladrón ¿me entiende?

—De acuerdo, señor Pagano. Lo entiendo. No se preocupe.

Y así fue la charla con mi cliente.

Y ahora estaba en el momento crucial, en el bar El Cairo, presentándome ante el inspector, el cual me dijo en tono áspero:

—¿Usted es Emilio Alterno, el querubín que viene de Buenos Aires a solucionar nuestros problemas?

—El mismo, inspector.

Cometa tenía la nariz chata, como deshuesada. Era alto, ancho y tan amable como podría serlo un oso melero al que acabaran de picar quince abejas. Era, también, bastante panzón. Me esperaba con los brazos abiertos, pero para estrujarme. El famoso abrazo del oso.

—La policía rosarina no lo necesita. Es decir, no es bienvenido entre nosotros.

—Puedo vivir con eso, inspector.

—No veo por qué lo envían a meter las narices en nuestros asuntos.

—De eso vivo, de meter las narices en asuntos ajenos.

—¿Lo dice como una gracia? Mire como me río. Jaja.

La charla no conducía a ningún lado. El tipo me aborrecía con ganas, así que tuve que usar mi arma secreta. Me había ocupado de averiguar las debilidades de Cometa. Era hinchado fanático de un club rosarino al que los entendidos llaman la lepra. Saqué mi as de la manga y dije:

—Le confieso, inspector, que si algo me atrajo de venir a Rosario es que soy leproso desde la cuna. Cometa, de súbito, se derritió como un cubito al sol.

—Tendría que haber empezado por ahí, Emilio. Yo también soy leproso a muerte. Y ahora que llevamos una racha de tres derrotas consecutivas, soy más hinchado que nunca.

—¡Aguante la lepra! —dije.

—Estamos mal, Emilio. Tan mal como este muchacho que tuvo tardes gloriosas en nuestro club, el Misil Masantonio, un delantero que convertía goles a lo loco y que fue ídolo de multitudes. Resulta que hace tiempo es noticia porque está en la lona, y ahora van a desalojarlo de su vivienda, no puede pagar ni el alquiler —dijo, mostrándome un ejemplar del diario *La Capital*, con una gran foto actual de Masantonio: un hombre vencido, de mirada perdida.

Simulé una pena honda, y mentí:

—Si habré gritado los goles de Masantonio, inspector.

El tipo se volvió a derretir.

—Entre leprosos no andemos con protocolos. Los amigos me llaman Paco.

—Paco, el leproso —le dije.

—Paco, el leproso. Me gusta como suena.

Hablamos media hora de fútbol y hasta me pagó el café. Nos despedimos como hermanos, con un abrazo, luego de darme un sobre con los cinco mil pesos marcados.

Caminé hasta el Antiguo Hotel Imperio y pedí un cuarto. El conserje, un muchacho de ojos diminutos y orejas rosadas, me preguntó:

—¿Paga con tarjeta o efectivo? En este momento, las tarjetas están suspendidas.

—¿Entonces?

—Puede pagar con efectivo.

—Muchas gracias. Siempre es bueno poder elegir, para eso es la democracia.

—Acá acostumbramos a cobrar el día por adelantado.

—Más democracia, qué bien. Le adelantaré una semana.

El hombre me sonrió con una falsa cordialidad y tomó el dinero con avidez. De inmediato, lo apunté como sospechoso. Anoté mentalmente: «Conserje de orejas rosadas. Sospechoso número uno».

Dejé el bolso en el cuarto y bajé al bar del hotel, en una mesa con vista a la conserjería. Durante los días siguientes esa mesa fue mi atalaya: miraba el movimiento de pasajeros que iban y venían. Noté que algunos pagaban con tarjeta de crédito, al irse, muy orondos. Y otros, como yo, en efectivo y adelantado.

Patrullaba los pasillos con cara de distraído, iba al bar, al cuarto. Y a los pasillos, al bar, al cuarto. Conocí los turnos de los conserjes, los camareros, las empleadas de limpieza. Para ellos yo sería un tipo algo aburrido y un poco curioso.

Tenía que simular alguna actividad que justificara mi estadía, así que me ausentaba algunas horas y me dedicaba a recorrer la peatonal, las librerías, la costanera; y la costanera, las librerías, la peatonal. Comí pacú en un restaurante a la orilla del

río. Rico el pacú. Ese pez me hacía recordar a alguien. A Paco. Paco Cometa. Tuve una corazonada.

Lo llamé.

—Paco, me gustaría saber los días y horarios en que se produjo cada robo en el hotel.

—Cuenta con eso, Emilio. Déjeme mirar las estadísticas y nos vemos en El Cairo a las siete.

¡Aguante la lepra!

Feliz de tener algo que hacer, llegué puntual a la cita. Paco Cometa parecía un poco más panzón y relajado. Habló una hora de fútbol, antes de pasarme la estadística.

Ocho robos fueron denunciados en horario nocturno y dos por la tarde. Hablé por teléfono con el señor Pagano y le pedí una lista de todos los empleados del hotel y los horarios en que habían trabajado desde el primer robo a la fecha.

Lo demás fue miel sobre hojuelas: el criminal estaba cercado.

Un tal Freston había estado de turno en la conserjería cada una de las noches en que se robó; y había reemplazado al conserje de día las dos tardes. Un caso sencillo, hasta ahí. Sólo un inspector como Augusto Paco Cometa podría no haberlo resuelto antes.

Pero siempre puede haber sorpresas.

Freston, el conserje nocturno, no tenía las orejas rosadas y los ojos diminutos como el conserje de día. Sus orejas eran rojas, como si alguien les

hubiera dado un tirón. Y sus ojos húmedos parecían contener un río de lágrimas. Esa noche simulé una conversación por el celular, cerca de sus orejas rojas. Con voz audible, dije:

—Hola... ¿y? ¿Me vendés la moto o no? Traje un anticipo. En la valija tengo cinco mil pesos en efectivo... no, no me gusta andar con tanta plata encima, la dejé en el hotel, en la valija, sí, debajo del suéter... claro, qué te importa a vos si está debajo del suéter o de las medias... ahora estoy saliendo del hotel... Dale, venite mañana y arreglamos, un abrazo.

Salí a la calle, me tomé cinco minutos y volví a entrar. Tal como esperaba, la conserjería estaba vacía. Freston desapareció no bien corté. Caminé a través de los pasillos mal iluminados y lo vi justo cuando entraba a mi habitación. No necesitaba ver más. Dejé que el ladrón me robara, pero llamé a Cometa para que estuviera atento y cerca, le dije que ya tenía al pez en el anzuelo y me senté en el bar del hotel.

Poco después Freston volvió a su puesto, hizo una llamada, le pidió a un camarero que lo reemplazara y salió. Lo seguí. No fue un paseo largo: entró a un barcito sucio con un nombre muy descriptivo: Fonda de la Mala Muerte. Lo esperaba un sujeto que tenía un vago aire familiar, melancólico. Le avisé al inspector que viniera con

refuerzos. Llegó en cinco minutos, acompañado de dos agentes.

Freston le había dado el sobre con mis billetes marcados al desconocido. En cuanto Cometa los vio, se puso pálido. Se identificó y detuvo a los dos hombres, pero con lágrimas en los ojos.

—¿Qué sucede, Paco? Acabamos de resolver el caso y me lagrimea.

—Esto es terrible, Emilio, justo a mí me pasa esto. Tener que meter en la cárcel a un símbolo del club, a un ídolo como Masantonio.

Por eso la cara del hombre me resultaba familiar: Cometa me había mostrado su foto en el diario. ¡Asombroso, pero cierto! El hombre a quien Freston le dio el dinero era el Misil Masantonio.

Freston confesó todo. Era otro fanático leproso, sabía desde tiempo atrás que su ídolo estaba con problemas económicos, así que robaba para ayudarlo y, de paso, ayudarse a sí mismo: tenía un frondoso prontuario, como se dice en la jerga policial.

El Misil Masantonio fue liberado de inmediato; no había cometido ningún delito, salvo aceptar una donación de dinero cuyo origen desconocía.

El inspector Augusto Paco Cometa decidió organizar una colecta en su beneficio y comenzó conmigo: le dejé unos pesos. Pongo las manos en el fuego por él: Cometa será un investigador mediocre,

pero jamás se quedaría con algo que no le pertenece. El caso se había resuelto, pero yo quería una aclaración más. Le pregunté a mi agradecido cliente, el señor Pagano, por qué a algunos pasajeros se les permitía el uso de la tarjeta de crédito, al irse, y a otros sólo efectivo y por adelantado.

—Por la cara, Emilio — me respondió.

—Es una buena estrategia, pero algo desprolija —le dije.

—No se preocupe, le diré al conserje de día que le devuelva lo pagado y tome este cheque por sus servicios. Como que mi nombre es Pagano.

Satisfecho, busqué mi equipaje en el hotel. El conserje de ojos diminutos y orejas rosadas me devolvió el importe.

—Le pido disculpas, caballero. No sabía que usted era un investigador.

—Está muy bien que no lo supiera. Era una investigación secreta. Y sepa que usted era uno de los sospechosos, con esa cara —le dije, con ánimo vengativo.

—Más cara será la suya. ¡Y vivan los canallas! —respondió, sin preocuparse.

Por un momento no supe a qué se refería, hasta que entendí que era hincha de los canallas, el club rival de la lepra. Que es como decir Rosario Central y Ñewells Old Boys de Rosario.

No conforme, Orejas Rosadas insistió:

— ¡Qué caras están las máscaras!

No me ofendí para nada. Al fin y al cabo hacerme el tonto es parte de mi trabajo, así que me fui. Sin saludarlo.

ÍNDICE

Niña Mar.....	9
Ay de mi panal	13
La princesa calva	19
La niña y el diablo	33
El extraño caso de la zapatilla de cristal	41
El caso del reloj de la catedral	57
Un hurkle en la basura	67
Un ladrón en el Antiguo Hotel Imperio	77

REBECA MURGA

La Habana, Cuba, 1973. Narradora y crítica literaria. Master en Educación, en la especialidad del enfoque comunicativo en la enseñanza de la lengua y la literatura. Es coordinadora del taller para la creación de la novela “Carlos Loveira” y miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. En 2005 y 2008 impartió el taller de narrativa en la Semana Negra de Gijón, España. Ha publicado los libros: *Y comieron perdices*, Editorial Gente Nueva, Cuba, 2011. *Confesiones* (antología de cuentos policíacos, selección y prólogo con Lorenzo Lunar), Ediciones Unión, Cuba, 2011. *Enrique en la república de Labrador*, Editorial Matanzas, Cuba, 2011. *Viajero sin itinerarios*, Editorial Letras Cubanas, Cuba, 2011. *Con las manos limpias*, Ediciones San Librario y La piedra lunar, Colombia-Cuba, 2011. *El esclavo y la palabra*, Editorial Capiro, Cuba, 2010. *Olor a canela*, Editorial Gente Nueva, Cuba, 2009. *La enfermedad del beso y otras dolencias de amor*, Ediciones Unión, La Habana, Cuba, 2008. *El esclavo y la palabra*, Ediciones San Librario, Bogotá, Colombia, 2008. *La enfermedad del beso*, Editorial Capiro, 2006. *Historias al margen*, Editorial EDAF, España, 2005. *Quemar las naves, jóvenes cuentistas cubanos*. Educat, Brasil, 2002. *Desnudo de mujer*, Sed de Belleza, Cuba, 1998. *Un hombre de vasos capilares*, (en coautoría con Lorenzo Lunar), Editorial Capiro, 2005. Ha obtenido los reconocimientos: Ser en el tiempo, 2009; Mención Uneac (cuento), 2007; Premio Internacional de Relatos Policíacos de la Semana Negra de Gijón, España, 2004, y 2003 (accésit); Premio Ciudad del Che, Santa Clara, Cuba, 2001 y 2003; y Premio Revista Videncia, Cuba, 2003.

LORENZO LUNAR

Nació en un barrio marginal de Santa Clara (1958), en ese mismo barrio donde ya situó las dos primeras novelas de la saga de Leo Martín, *Que en vez de infierno encuentres gloria* (Zoela, 2003) y *La vida es un tango* (Almuzara, 2005), que viene completada con la tercera entrega, *Usted es la culpable* (2006).

Ha publicado otras novelas dentro y fuera de Cuba: *Échame a mí la culpa* (1999), *Cuesta abajo* (2002), *De dos pingües* (2004) y *Polvo en el viento* (Premio Novela Plaza Mayor, Puerto Rico, 2005). Es, además, un excelente cultor del relato breve, lo que le ha valido para conquistar en tres ocasiones el Premio de Relatos de la Semana Negra de Gijón (1999, 2001 y 2005), y otros importantes lauros en concursos de primera línea. Primera entrega de la serie Leo Martín, *Que en vez de infierno encuentres gloria*, se llevó de un solo golpe el II Premio Novelpol, el I Premio Brigada 21 a la mejor novela en castellano publicada en 2003 y una mención especial del Jurado del Premio Internacional Dashiell Hammet (Semana Negra, Gijón, 2004). Fue traducida al alemán en 2005. Considerado, junto a su compatriota Amir Valle, el mayor exponente de los «novísimos» de la novela negra cubana, Lorenzo Lunar asimismo dirige la revista *Fantoches*, dedicada a la literatura negra y policial en América Latina.

**Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de marzo del año 2015.**

**Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del
H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl y
Para Leer en Libertad AC.**

**Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.**